

TRAS EL CONGRESO, EL CALENDARIO

L domingo 16 terminó el XXX Congreso del Partido Socialista, habiéndose cumplido puntualmente todas las previsiones. En una conferencia ante un auditorio político, yo había dicho que el secretario-presidente poseía tal autoridad sobre el partido que iba a ser paseado en andas por las salas del congreso como un santo en una procesión. Eso fue lo que ocurrió con la votación sobre la OTAN, ante la que González tuvo el acierto y el valor de lanzarse a la arena para obtener él, personalmente, la victoria. Toda la estrategia había estado bien diseñada, incluso con la variedad de enmiendas sobre el tema atlántico. Si se contabilizan los resultados de las votaciones de cada una de ellas, tanto en comisión como en pleno, acaban por casar tan mal las cifras, que del 71 por ciento que obtuvo la tesis de González, habría que atribuir casi la mitad a la intervención del propio presidente. Además, al centrar el debate del congreso sobre la política exterior y la Alianza Atlántica, apenas se prestó atención ni en las sesiones, ni en los medios de comunicación a los temas sociolaborales, ni hubo lugar para mencionar los famosos ochocientos mil empleos.

La posición del presidente González en relación con su partido es comparable a la de Suárez en la UCD al término del congreso del 78, tras el cual, apenas transcurridas diez semanas, se disolvió el Parlamento para volver a ganar las elecciones unos meses más tarde. Ahora parece que no va a ocurrir lo mismo.

No existe la justificación que se podía esgrimir entonces de que el interés nacional recomendaba poner en práctica la Constitución, cuanto antes. Hay, no obstante, una similitud, pero quizá insuficiente para que por tercera vez se mutile aparatosamente una legislatura. El partido del Gobierno se mantiene unido y disciplinado, y la oposición, aunque sea consistente y esté ganando más puntos de lo que dicen ciertas encuestas, no parece que se halle en condiciones de vencer a los socialistas, igual que les ocurría a éstos en el 79 respecto del partido del centro.

Por la izquierda del PSOE, los comunistas no son un peligro electoral y la más importante fuerza del otro lado está, por ahora, todavía más inclinada a la derecha que la opinión de los dos millones largos de votantes nuevos que necesita sumar para equipararse al PSOE.

Pero, ¿cuáles serán las situaciones respectivas dentro de unos meses y cuáles los efectos de los acontecimientos previsibles, que son los únicos que se pueden tener en cuenta en un análisis político?

Desde esta columna se ha sostenido repetidamente que las elecciones generales tendrían lugar, muy probablemente, en mayo del 86. Es un cálculo razonable, si se



ANTONIO

FONTÁN

contemplan solamente los datos interiores. La primera confrontación electoral del calendario nacional es la de Galicia, que tendrá lugar seguramente en la primera quincena de noviembre del 85. Una derrota allí no afectará grandemente al crédito socialista, porque el PSOE no ha ganado nunca unas elecciones en ese territorio. Pero una victoria espectacular de la Coalición Popular reforzaría las expectativas de esta agrupación ante unos comicios nacionales.

Mayo del 86 tendría, para el PSOE, la ventaja de coincidir con las elecciones anda-

luzas, y la legislatura se habría acortado un poco menos aún que con la disolución de Calvo Sotelo. Cuando se podía especular con que la entrada de España en las Comunidades Europeas fuera en enero del 86, había un elemento más que abonaba esa posible cita electoral de mayo del 86, dentro de casi un año y medio.

ERO ahora parece que las dificultades de Bruselas alejarán por lo menos seis meses, si no más, el ingreso en las Comunidades, salvo que la resolución atlantista del congreso del PSOE allane, como por ensalmo, el largo y penoso *iter* comunitario.

Sin embargo, aunque fuera así, los observadores empiezan a considerar que hay otra posible contraindicación para la fecha de mayo del 86. Las elecciones legislativas francesas tendrán lugar en marzo de ese año. Allí, políticos, periodistas, hombres de negocios y la gente de la calle, que es la que vota, dan por segura una victoria de la oposición. Como no son elecciones presidenciales, sino legislativas y por distritos, ni los partidos que integran esa oposición ni los electores tienen que pronunciarse definitivamente por un líder nacional entre los tres o cuatro posibles. En una votación como la francesa del 86, el prestigio y la fuerza de las personas con más arrastre se suman, sin desgastarse, como ocurriría en unas especie de primarias al final de las que ha de salir un solo candidato, pero no sin que se produzcan heridas.

¿Pueden nuestros socialistas permitirse el lujo de que los españoles vean morder el polvo a sus fraternales colegas de allende los Pirineos? Si la respuesta es no, o bien se adelantan las elecciones al 85 haciéndolas coincidir con las de Galicia, o se retrasan hasta finales de septiembre o principios de octubre del siguiente año.

Todas estas especulaciones se irán convirtiendo en probabilidades o no de acuerdo con la marcha de los acontecimientos. Si no es previsible un éxito importante en relación con las Comunidades Europeas, son más probables las elecciones a fines del 85. Si sucediera al revés, se verían aplazadas hasta el otoño del año siguiente.